

mi padre! — exclamó Lorenzo, de cuyos ojos brotaban, en efecto, gruesas lágrimas. — ¿Qué revolucion es ésta que obra en mi alma su palabra llena de calor y de fe? ¿Quién le ha enseñado á consolar así al que sólo veía por todas partes la oscuridad y la duda?

— Sólo te he dicho algunas palabras de verdad, Lorenzo — contestó sencillamente el vicario; — la verdad, antorcha celeste de la razon humana, es lo que más convence, y la sola que cicatriza las llagas que abren culpables ilusiones; creo que mi consejo es bueno y que debes seguirle por tu bien, no ménos que por el de tu hija.

— ¡Oh, sí! ¡le seguiré! — exclamó Lorenzo con entusiasmo. — Soy rico, haré mucho bien: he sido culpable, procuraré que se olviden mis faltas en gracia de mis beneficios; mi hija, padre mio, es el solo bien que me liga á la tierra, la sola ilusion de mi alma, el solo amor de mi existencia: ¡ojalá estos bosques amigos presten sombra á su dicha, y este valle, que me ha visto nacer, sea el asilo seguro que conserve su inocencia y la libre de los peligros del mundo!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

I.

PRESAGIOS DE TORMENTA.

Pasemos un año, lector mio, y aún dos meses más, si tú quieres, y vamos á la avenida de los sauces, en la tarde de un domingo de primavera y á eso de las cinco, y te mostraré el cuadro más bello que pueda admirar tu fantasía, aunque seas poeta ó pintor.

En la avenida de los sauces fué donde Celeste, la hija de Juan María, exhaló el último aliento, minada por la pena devoradora de un amor sin esperanza; allí vió á su amante por primera vez, y allí quiso morir cuando perdió la esperanza de verle.

Era un sitio agreste, en extremo fresco y lleno de una alegría y pureza que no pueden describirse.

Brotaba una fuentequilla de agua cristalina y murmuradora, á cuya orilla habia plantado Pedro, para que divirtiesen los tristes ojos de su hermana, algunas plantas de azucenas: las primitivas habian muerto ya; pero

¿aún había otras heredaderas de la belleza y perfume de sus abuelas.

Cada año aparecía allí una nueva familia de galanas flores, que embalsamaban el ambiente con su suave y delicado aroma; pero desde aquel año las azucenas tenían otras flores compañeras y no ménos ricas en belleza y en perfume.

Eran las que brotaban de un rosal que había plantado Pedro cuando nació su amor por Marta, para que hasta las flores que ésta pusiese en sus trenzas los domingos, las debiese á su cuidado.

El rosal había dado rica cosecha: era la primavera, y grandes mazorcas de rosas bajaban á mirarse en el cristal de la fuente, dejando caer, las que morían, sus hojas en el agua, y desapareciendo luégo entre las fugitivas y murmuradoras ondas del arroyo.

En la tarde de que te voy hablando, lector mio, Pedro, sentado al lado del rosal y en la húmeda tierra, recogía con semblante grave, pero en el que se retrataba la calma y la dicha, las frescas y aromosas hojas de una rosa que el día anterior por la mañana se había abierto, y que estaba próxima á terminar su corta vida.

Conforme desprendía las hojas, con un cuidado prolijo y exquisito, las depositaba en una bolsita de papel blanco.

Al lado de las rosas y azucenas, y más bella que las flores, estaba Marta, sentada en el cortado tronco de una gruesa encina y teniendo sobre su falda un niño como de tres á cuatro meses de edad.

Las largas y flexibles ramas de un sauce daban som-

bra á la jóven, se doblaban melancólicamente y besaban su blanco cuello inclinado sobre su hijo, que dormía, y las apretadas trenzas de sus cabellos castaños, recogidos en una larga aguja de plata.

Una rosa fresca y recién abierta, adornada de dos ramitas verdes, estaba prendida entre las ondas de aquella rica cabellera.

Marta vestía un traje de percal á grandes cuadros, lila, blancos y verdes; dejaba ver sus piecitos cruzados, calzados con media blanca de hilo fino como la seda, y con zapato de raso negro adornado de un lazo.

Un corpiño de terciopelo negro, de manga ajustada, hacía resaltar la rosada blancura del cútis de la jóven, que era de cara algo trigueña, pero de garganta y seno blancos como la leche.

Sobre el corpiño se cruzaba un pañuelo blanco, de muselina, cuyas puntas, despues de estar graciosamente prendidas en la cintura, desaparecían bajo los pliegues de un delantal de raso azul oscuro.

El traje de domingo de Marta era fresco y encantador, como ya lo he dicho ántes.

El niño que descansaba sobre sus rodillas parecía enfermo, ó muy delicado al ménos; un día que había ido Martí á buscar agua á la fuente, hallándose ya encinta y bastante avanzado su embarazo, vió salir de improviso de entre unos matorrales al hijo de *el Romo*, completamente embriagado, y dando chillidos como un animal salvaje.

El aspecto del idiota era tan feroz, brillaban sus vidriosos ojos de una manera tan fosforescente, que Marta,

amedrentada, echó á correr al ver que el idiota iba hácia ella : así la jóven, como todos los vecinos de Cabañas, sabian que cuando el monstruoso muchacho estaba embriagado, se despertaba en él el instinto sanguinario, que le hacía sacrificar á los pobres animales que podía haber á las manos.

Aquella funesta exaltacion iba creciendo cada dia, y ya se extendia tambien á los niños de la aldea, á los que golpeaba con un placer bárbaro, en tanto que acompañaba los golpes con una risa dañina y con su canto guttural. Marta, al verle ir hácia ella bamboleándose y con una gruesa estaca en la mano, creyó, y no sin razon, que iba á sacudirla, y echó á huir dando alaridos penetrantes y soltando su cántaro, que se hizo mil pedazos.

Unos brazos la recogieron casi exánime ; se volvió, y vió á Mariano que salia de un campo inmediato.

Entónces se separó de él, por un movimiento de púdica dignidad, y emprendió el camino de su casa, en tanto que él la seguía con una torva mirada.

Cuando Marta dió á luz á su hijo, fueron visibles las consecuencias de su terrible susto.

El niño nació pequeño y endeble, aunque muy hermoso de rostro ; y sólo los cuidados de que le rodeaba su madre podian sostener su frágil vida.

Cerca de Marta se apoyaba Mariano en el añoso tronco de otro viejo sauce ; vestía con gran lujo, y su sombría mirada envolvía, por decirlo así, á la jóven madre y su hijo.

Marta, para sustraerse á la influencia de aquella mi-

rada amarga y tenaz, ora miraba al niño, ora á su marido, que parecia absorto en su tarea.

Pedro estaba desconocido ; la expresion torva de su semblante se habia cambiado en otra de dicha plácida y serena ; sus hermosos y abundantes cabellos, cuidadosamente alisados, dejaban descubierta su ancha frente ; sus ojos brillaban con la doble é incomparable luz del amor y del cariño paternal ; su boca, aunque cerrada, mostraba que sonreía con frecuencia ; vestía muy bien, y de cuando en cuando dirigia una dulce mirada á Marta, que en cambio le devolvía una sonrisa.

Completaba el cuadro la exigua figura de la tia Potamiana, madre de Marta, sentada, ó más bien, acurrucada cerca de Mariano.

Era una vieja pequeña y flaca : su cara parecia de pergamino, lo mismo que sus manos, aunque acusaban la más absoluta ociosidad ; bajo sus cejas canosas y blancas relucian, más bien que brillaban, dos ojillos grises y perversos ; su nariz, larga y corva como el pico de un ave de rapiña, se inclinaba hácia su barba, que á su vez subia á buscar á la nariz, para ahorrarle la mitad de la bajada ; entre las dos se veía una boca pequeña y hundida.

La tia Potamiana ya no iba andrajosa : la mano pródiga de Pedro se habia extendido tambien hasta aquella anciana abyecta y miserable ; y aunque los severos padres, Juan María y Joaquina, no le daban entrada en su casa, ella se pegaba á los jóvenes esposos siempre que podia, para pedirles algo con que sostener su eterno vicio de beber vino.

De vez en cuando la mirada de Mariano se separaba de Marta y se cruzaba con la de su madre.

Aquellas dos miradas daban miedo; pero aún era más pavorosa la de la vieja que la del jóven.

—Marta—dijo de súbito Pedro, volviéndose á su mujer y mostrándole una rosa—¿deshoja ésta?

—¡No, que es lástima!—respondió ella.

—Pues, hija, la dejo; pero ya poco ha de durar.

—Mañana la deshojarás.

—¡Canastos con la diversion!—gruñó la tía Potamiana entre muela y muela, pues todas ménos dos habian desertado en compañía de los dientes.—¿Cuándo se acaba de llenar la dichosa almohada?

—Aun falta—respondió con flema Pedro.

—Pero, madre, ¿que se le da á V. de eso?—preguntó Marta.—¡Se toma V. unas penas más tontas!

—Me las tomo, porque da grima ver á un hombron como á un San Cristóbal, recoger hojas de rosa para hacer una almohadita á un niño!

—Pero ¡si él se divierte así!

—¡Ya, ya! eso es sobra de tiempo y falta de cuidados.

—Vaya, madre, cálese V. la boca y vaya á recogerse, que ya es hora—dijo Marta, en tanto que su marido se reía bondadosamente.

—Déjala, mujer, déjala—dijo Pedro;—si no habla-se, reventaba tu madre.

—¡Pa eso á la tuya paice que el rey le guarda los puercos!—respondió amoscada la tía Potamiana;—¡ni me da la palabra de Dios!

—Señora—respondió Pedro—es menester que usted se guarde muy bien de nombrar á mi madre, ¿estamos? No le habla á V., yo sé por qué, y V. lo sabe mejor.

—Pedro, ¿ahora vas á hacerle caso?—exclamó Marta.—¿No conoces su genio? Hay que dejarla, como ántes me decias tú á mí, del mismo modo que se deja á un niño.

—Algunas veces hay tambien que atarla corto—respondió el Labrador echando sobre la vieja una mirada de enojo—porque si no, se desmanda; pero vamos, vamos, Marta, voy á darte la merienda.

—¡Qué! ¿me has traído de merendar?

—¡Pues no! Ahora tienes que comer para dos.

Pedro se levantó y se dirigió á unas frondosas matas situadas á pocos pasos de allí, de donde sacó un envoltorio que tenía por funda una servilleta muy blanca.

—Madre arregló esto—dijo—y creo que te gustará, porque ella sabe todo lo que te gusta á tí.... y si no, mira: aquí hay una hermosa magra, una torta, un pedazo de queso y cerezas; vamos, vamos, come.

—Siéntate aquí, y comerémos los dos—dijo Marta.

—No, es para tí sola.

—Pues si te empeñas en eso, no comeré nada.

—Vamos allá; lo probaré por hacerte compañía.

—Mariano, ¿quieres tú merendar con nosotros—preguntó la jóven volviendo con visible trabajo los ojos hácia su cuñado; vén y toma un bocado, y V., madre, acérquese tambien.

—Gracias—contestó Mariano friamente.

—No tengo ganas—respondió la vieja con despecho;

pues aquella mendiga repugnante y viciosa tenía una envidia feroz de la buena armonía que reinaba en el joven matrimonio.

Acaso el lector se admire, despues de haber vislumbrado el carácter de Marta, de que pudiera hacer feliz á Pedro, pero, sin embargo, era así; aunque su pasión por Mariano no se hubiera apagado, porque era el objeto de su amor, al ménos se habia cubierto de cenizas tan frias y compactas, que sólo revolviéndolas una mano alevosa podian volver á descubrir el fuego que bajo ellas ardía.

El honrado proceder de Pedro, el extremado cariño que le manifestaba, su prudencia, su generosidad, su abnegacion, habian despertado en el alma joven é inocente de Marta sentimientos dulces y graves; poco á poco habia ido su marido haciéndose dueño de su corazón; pero tenía á su lado dos tentadores incansables, y que acechaban á todas horas el instante de perderla.

De estos dos enemigos formidables el más terrible era su madre, que, halagada y seducida por las magníficas ofertas de Mariano, deseaba deber á su hija la comodidad y la embriaguez continúa; el otro enemigo era el mismo Mariano, que acechaba su presa con incansable afán y con una paciencia amarga y sombría.

Cuando los esposos vieron que ni uno ni otro querian tomar parte en su merienda, se pusieron á comer tranquilamente.

Pedro, á pesar de su primera negativa, comia con bastante apetito; de repente se volvió á su hermano, y le dijo:

—¿Cómo van tus amoríos?

—¿Qué amoríos?

—¿Tienes acaso muchos? Yo sólo sé de unos que más quisiera no saberlos.

Mariano se encogió de hombros, y su cara, que se habia puesto pálida á la primera pregunta de su hermano, se volvió del color de la púrpura.

—Razon tienes para avergonzarte—prosiguió Pedro; —dicen que esa muchacha es muy hermosa; pero á pesar de todo, es la hija de Lorenzo, el que ocasionó la muerte de nuestra hermana, y á no ser porque ella me mandó que le perdonase, y porque sé que todo cristiano debe perdonar, á estas horas ya esa chica no tendría padre.

Marta se estremeció al oír hablar con tal seguridad de los amores de Mariano; la ceniza abria su capa, y saltaban las primeras chispas del fuego, avivadas por el agudo dolor de los celos.

—Ya sé que esa chiquilla es muy rica y ése es el mayor mérito para tí, que eres un mandria—prosiguió Pedro; —desde que hemos partido la hacienda, la tuya va á ménos, y dentro de poco habrás de comer de la porcion de nuestros padres que administro yo; pero por mucho que tenga ella, debias pensar en dos cosas: en que es hija de una perdida, y en que una buena parte de sus riquezas ha venido á ella por la muerte de su abuelo, causada por su padre.

Un grito agudo, seguido de otros dos ó tres más dolorosos todavía, cortaron las palabras de Pedro.

—En nombrando al rey de Roma—dijo la vieja Po-tamiana—ya asoma.

En efecto, un instante despues, se precipitó en la plazuela una jóven, con el cabello suelto, pálida y jadeante de miedo y de fatiga.

— ¡ Ah ! ¡ piedad ! ¡ socorro ! — exclamó con angustia. — ¡ Ese chico horrible viene tras de mí !.... ¡ En todas partes le veo, y no puedo separarme un instante del lado de mi padre, sin que él me persiga !

Y la jóven se dejó caer al pié de un árbol y fijó en Mariano una mirada suplicante, mostrándole con una señal muda y elocuente el sitio por donde habia entrado.

Pedro desvió los ojos con disgusto de la recién llegada ; era Susana, la hija de Lorenzo.

Marta, por el contrario, se volvió á ella, y le preguntó afablemente :

— ¿ Ha hecho de las tuyas *el Romico* ?

— Sí — respondió la pobre niña, que temblaba aún ; — es decir, el hacer de las tuyas conmigo es perseguirme sin cesar ; adonde quiera que voy, viene tras de mí ; ahora se ha quedado ahí, á la entrada de ese sendero escondido entre unas matas.

Mariano se acercó al sitio que indicaba Susana, y lo examinó con cuidado, tardando muy poco en descubrir la grotesca figura del idiota, que acechaba con ojos fosforescentes todas las palabras y todos los movimientos de la niña.

Pero tardó muy poco en apercibirse de que le estaban observando, y entónces cambió por completo la expresion de su fisonomía : puso una cara muy compungida ; sacó de entre los asquerosos pliegues de su camisa un

frasco lleno de vino, y se puso á beber á pequeños sorbos, alternando sus libaciones con una cancion extraña y gutural.

Mariano se acercó á él y le sacudió un fuerte punta-pié ; pero el idiota no se levantó de su sitio, sino que se dejó caer en tierra dando gritos roncocos y llenos de ira y de sorda cólera.

— Vamos á casa, Marta — dijo Pedro ; — no me gusta que oigas esos graznidos, que te dan miedo y te hacen poner descolorida.

— Si quieres, Susana — dijo Marta — te dejaremos de paso en el cortijo.

— ¡ Oh, sí ! y mil gracias — contestó la jóven ; — si no, ese chico será capaz de pegarme ; vamos.

Susana, llena de temor, se asió al brazo de Marta, la que, despues de un débil *buenas tardes*, dirigido á Mariano, salió de la avenida de los sauces sin mirarle siquiera.

Pedro tomó al niño y echó á andar delante de las dos jóvenes, llevando ouidadosamente en una de sus manos el envoltorio de papel que contenia las hojas de rosas.

Al ver que se alejaban, la tia Potamiana se levantó y se acercó renqueando á Marta y á su compañera.

— Vamos, carita de rosa — dijo á ésta — ¿ no hay unos cuartos en el bolsillo para la pobre vieja ?

La jóven metió la mano en el bolsillo de su vestido de percal y sacó algunas monedas de cobre, que dejó caer en la mano demacrada de la vieja.

— Tú, vén á curarme mañana temprano, mala hija

— dijo despues mirando á Marta ;— ya hace dos dias que me curo sola, y la llaga se me va poniendo peor.

— Mañana iré sin falta —respondió la jóven, que se hallaba bastante léjos.

— Susana — dijo Marta despues, volviéndose hácia Pedro ;— haces muy mal en dar dinero á mi madre siempre que te pide : ya sabes que es sólo para beber vino, porque nada le hace falta.

— Ya lo sé —respondió la jóven ;— pero ¿qué quieres? Mi padre dice que no se debe negar nada á los pobres, si es que se tiene.

— Tu padre da mucho, ya lo sé ; hace mucho bien, y lo mismo tú ; pero ni él ni tú debiais dar un cuarto á mi madre, porque así su vicio de beber vino va á más en lugar de ir á ménos.

Llegaban entónces á la puerta del cortijo. Pedro se habia adelantado mucho para no ver la que él llamaba la *casa maldita*.

Susana entró en ella, y los dos esposos siguieron hasta la suya.

— Marta — dijo Pedro — ¿por qué hablas con esa muchacha? ¿No sabes que, así á ella como á su padre, los aborrezco yo?

— ¡Pobres! ¿y por qué? —preguntó la jóven ;— si el padre os ha ofendido á tu familia y á tí, ahora hace mucho bien.

— Á nosotros no nos hace ninguno, ni lo necesitamos.

Marta no contestó nada, y los dos esposos entraron en la espaciosa cocina de casa de Juan María, donde ya los esperaban impacientes los dos abuelos.

Joaquina tomó al niño, y lo despertó haciéndole caricias ; Pedro fué á sentarse al lado de su padre, y sacó un grueso cigarro de papel, que le dió luégo encendido.

II.

ORO Y SANGRE.

En la avenida de los sauces quedaron solos Mariano y la tía Potamiana, sin contar al *Romico*, que tendido entre unos hojaranzos, berreaba de enojo y de rabia impotente, desde que Mariano le habia aplicado su vigoroso correctivo.

La luna habia ya aparecido en el sereno azul del cielo, y su pura y blanca luz iba reemplazando las últimas luces del dia.

Mariano, molestado por los quejidos del idiota, volvió á acercarse donde estaba, y le hizo levantar, sacudiéndole rudamente por un brazo.

— Te vas á marchar ahora mismo de aquí — le dijo — ó te voy á dar de golpes.

El chico se retiró algunos pasos, y este movimiento hizo caer al suelo el frasco de cristal que habia sacado del pecho para beber en la soledad de su rincón, y que en vez de contener vino, como de costumbre, aquella tarde estaba lleno de aguardiente.

Al verle caer, se volvió con rapidez ; pero Mariano, más ligero, se apoderó del frasco y le dió un empujón que le hizo andar sin gana algunos pasos ; luégo quedó

inmóvil, y por fin se alejó lleno de miedo y sollozando roncamente.

Mariano volvió al lado de la vieja: en su mano brillaba el frasco de cristal á los rayos de la luna.

—Vamos—dijo—ya podemos hablar sin recelo, pues he ahuyentado de ahí á ese pajarraco y estamos solos.

—¿Y qué es eso que llevas en la mano?—preguntó la tía Patomiana, que ya sabía demasiado lo que era.

—Un frasco de aguardiente; pero acabemos, que es ya hora de cenar, y en mi casa me estarán echando de ménos.

—Dame, dame el frasco.

—Tómele V., y á ver si acabamos.

En aquel momento el idiota, que ya habia dado algunos pasos en direccion á la aldea, volvió, arrastrándose por entre los setos como una culebra, y se colocó de nuevo entre los hojaranzos, pero tan quedito, que nadie le sintió.

Entre tanto, la tía Patomiana tenía en la mano el frasco del aguardiente.

—¡Ah, sí! le conozco—dijo;—ese mandria debe haberlo robado en la cantina de abajo: no es del todo malo, aunque un poco flojo.

Y la repugnante vieja se echó el frasco á pechos, apurando casi todo su contenido.

—¡Diablo!—dijo despues, relamiendo sus delgados labios como un gato que ha comido un manjar muy picante:—¡diablo, diablo! es más fuerte de lo que yo pensaba! Conque vamos al asunto: ¿tú quieres hablar un rato á solas con Marta, ¿verdad?

—Eso quiero.

—Podrás lograrlo; pero algo te ha de costar.

—¿Cuánto?

—Lo ménos, veinte duros; hijo, de este negocio he de sacar dos cosas: primera y *prencipal*, pan, cerdo y judías *pa* todo el año, y ademas vino y aguardiente; segunda, dar que mascar y vengarme de ese bestia de Pedro, que me trata como á perro con sarna, y de tu madre, que no me deja poner los piés en su casa: eso es; *las cosas claras y el chocolate espeso*; mi hija es mi hija; ya que ella me *desprecia y no hace fuerza de vela* para que me reciban en vuestra casa, y no me sirve *pa* nada de un modo, que me sirva de otro.

—Vamos; conque, claro, ¿qué es lo que V. quiere?

—preguntó Mariano al ver que la vieja, por efecto de la debilidad de su estómago, tenía todo el aguardiente en la cabeza y empezaba á desbarrar.

—¿Qué quiero? Yo te lo iré diciendo: dame ahora veinte duros, y mañana vén á mi casa y podrás hablar á Marta.

Mariano desató su faja de seda, y sacó de la punta cuatro monedas, que brillaron á los rayos de la luna.

El idiota asomó por el matorral su enorme cabeza, y gruñó entre sus largos dientes:

—¡Oro, oro!

—Ahí va—dijo Mariano;—pero mañana á las siete estoy en su casa de V., y no me voy sin haber hablado con Marta.

—Eso es muy puesto en razon.

—Hasta mañana, pues.

La vieja no respondió nada á estas palabras: se ocu-

paba con un afán ansioso de examinar las monedas de oro, primeras que había poseído en toda su vida.

Luégo, por esa costumbre de las ancianas malas, viciosas y ladinas, se puso á hablar sola y á media voz, animada además por los vapores que se revolvían en su cerebro, excitado por el aguardiente.

—¡Cuánto vino!—murmuró—¡cuánto aguardiente! ¡ya no tendré que pedir fiado á la cantina! ¡ya no tendré que pedir á nadie dinero!..... ¡Bueno!..... es la primera cosa que ha hecho Marta por mí..... y eso sin saberlo, porque si lo hubiera sabido, aunque rabia por ver á ése, no pondría los piés en mi casa..... le tiembla al bestia de su marido..... ¡como si el dar un rato de *palique* á un hombre que la quiere bien, fuese tan gran delito!..... Pero, vamos; acabaré el aguardiente que queda, y me iré á que me llenen el frasco en la cantina ántes de que cierren.

Apuró, en efecto, el resto de la bebida, y despues tomó su palo para alejarse de allí, lo que ofrecía no poca dificultad á causa del estado de su cabeza, débil y turbada por el agnardiente.

Despues de la avenida de los sauces el terreno tenía un gran declive, ó mejor dicho, una rampa pedregosa, que llevaba á un inmenso viñedo dividido en porciones, y que pertenecía á diferentes vecinos del pueblo.

La tía Potamiana, apoyada en su palo, iba bajando trabajosamente la plazoleta en declive; los años, y sobre todo, el licor espirituoso que había bebido, entorpecían su paso; la cabeza le pesaba más que los piés, y se le bamboleaba de una manera horrorosa.

Pasó vacilando y haciendo eses por delante de la es-

pecie de jara en que estaba oculto *el Romico*, y no vió levantarse la monstruosa figura del muchacho, casi oculta aún por las hierbas.

Al llegar á la rampa, que bruscamente bajaba al viñedo, la anciana comprendió el peligro, y trató de afirmar bien los piés, que se le deslizaban más de lo que ella hubiera querido; entónces, la figura que había salido de entre las ramas acabó de levantarse, estúpida y á un tiempo amenazadora.

Brillaron, á la luz de la luna, los vidriados ojos y los largos dientes de *el Romico*, contraídos por una sonrisa feroz; salió del todo de la jara, extendió sus desmesurados brazos y los apoyó con furia en la flaca espalda de la vieja, que rodó desvanecida.

Un largo gemido se confundió con el susurro de las verdes hojas del viñedo, del otro lado de la rampa: el idiota se descolgó á la hondonada, con una rapidez pasmosa, asiéndose á las piedras con sus largas y huesosas manos, y se acercó, andando á gatas, al cuerpo ya exánime de la tía Potamiana.

Buscó el bolsillo de su vestido, tarareando en voz muy baja una de sus estúpidas canciones, y halló las monedas envueltas en un trapo.

Luégo, sin volver á subir á la avenida, se deslizó como una culebra á lo largo del viñedo, y salió al camino sin dejar de cantar.

El cuerpo de la madre de Marta quedó allí, inmóvil y embargado por el sueño de la muerte.

Dios no quiso que aquella madre culpable viviese despues de vender la honra de su hija.

Á la mañana siguiente se halló el cadáver, no sabiendo nadie que Mariano le habia dado las monedas de oro, ni aún se sospechó que la habian asesinado para robarla.

Creyóse que, embriagada, según costumbre, habia rodado al viñedo.

El mismo Mariano pensó buenamente que le habrian hallado el precio de la seducción de Marta; pero no se atrevió á preguntar por él, y se resignó á que lo echáran en el cepillo de los pobres.

Sólo *el Romico* sabía la verdad, y aquel secreto de oro y sangre quedó sepultado entre las oscuras nieblas de su inteligencia.

El cantinero se admiró algún tanto de verle ir cada día á buscar vino y aguardiente, y no ménos de haberle tenido que cambiar una moneda de oro; pero se dijo con la mayor buena fe:

— ¡Bah! ¡ nada hay más sencillo! Lorenzo, que desde que ha llegado se divierte en desparramar el dinero, le habrá dado esa moneda para que no le pida y le deje en paz por mucho tiempo.

III.

Marta lloró á su madre: era una alma tierna y débil, que no amaba el bien lo bastante, ni se resolvía al mal, por una especie de temor.

Vistió luto, y se halló más bonita que nunca. Á pesar de ser esposa y madre, su vanidad y presunción eran siempre las mismas.

Sólo una cosa la preocupaba algún tanto: la mala salud de su niño, que seguía débil y enfermizo.

El médico de la vecina villa, pues en Cabañas no lo habia, habia mandado que se le acostase, para fortalecerle, en un colchoncito y almohada rellenos ambos de hierbas aromáticas desecadas al sol.

Juan María y Pedro habian escogido, con el cuidado más afanoso, tiernas matitas de sándalo, toronjil, albahaca y hierbabuena para la cama perfumada del pequeño enfermo; y habiendo oido al doctor que sería bueno mezclar también algunas hojas de rosa, declararon la guerra á todos los rosales del huerto: la abuela opinó que sería excelente idea la de mezclar algunas pasionarias, y habiéndolo aprobado por unanimidad, se encargó ella misma de buscarlas.

Pronto estuvo la camita dispuesta en una cuna de mimbres: las sabanitas, cortadas por la abuela de una muy fina y ya usada de su lecho matrimonial, para que fuesen más suaves, se extendieron sobre el aromado colchoncillo, y á la almohadita se le puso una funda de la misma tela.

Un domingo que se hallaba Pedro sentado al lado de la cama del niño, y que le miraba con tristeza dijo de repente:

— Esta camita no huele todo lo bien que yo creía: el almohadon en que el niño descansa la cabeza debia estar del todo relleno de rosas.

— ¿Cómo puede ser eso? — preguntó Marta; — para conseguirlo se necesitarian muchísimas.

— Yo se lo haré, y sólo con las hojas de aquel rosal